

La agonía del pequeño editor

El crecimiento desmesurado de las grandes empresas y la tendencia a la desaparición de las pequeñas y medianas caracterizan, en mi opinión, la seria crisis que atraviesa la industria editorial española. A esto se une la muerte lenta y progresiva de las librerías pequeñas y medianas, las que solían privilegiar a los editores pequeños, encontrarles un sitio, un hueco, mantener con ellos una relación personal y amistosa, mientras florecen las megalibrerías, los *libródromos* de los que hablaba Mario Vargas Llosa en un reciente y tremebundo artículo cuyas razones hago mías.

Como ejemplo de expansión espectacular y casi cancerosa basta quizás con citar el caso de Planeta, que ha devorado a Seix Barral, la editorial identificada siempre con la exquisitez y el buen gusto, a Tusquets, de la que ha comprado el 49 o 50 por ciento, según han dicho, a la tradicional Espasa Calpe, a Destino. En cuanto a los *libródromos*, sin salir de Madrid se puede verificar cómo Crisol multiplica incesantemente sus tentáculos, cómo aumenta el éxito de la Fnac, cómo triunfan las cada vez más importantes secciones especializadas en discos y libros de El Corte Inglés, o los VIPS. En cambio, uno se asoma a la glorieta de Alonso Martínez y comprueba que una librería prestigiosa, de mediano tamaño como era Turner, se vio obligada a abandonar ese lugar para trasladarse a un barrio más alejado y a un local más pequeño. En los *libródromos* suele haber empleados eficaces, pero no enamorados del libro, como ocurría en las librerías tradicionales, donde había vendedores que podían encontrar la edición más rara del poeta más exótico o un ensayo inhallable, porque conocían a fondo su actividad y se entregaban con pasión a ella. Evidentemente, para el puñado de editoriales poderosas que van absorbiendo a las más débiles y quedándose con la mayor parte del mercado y para esas grandes cadenas de librerías, este sector de la industria española vive unos momentos espléndidos. Pero nuestro diagnóstico es radicalmente opuesto: a la pequeña y mediana industria editorial, y por ende a ese tipo de librerías, creo que no nos quedan más de veinte años de vida. Por suerte, el tiempo que me falta para jubilarme; soy así de optimista.

Lo que digo no es una pura especulación intelectual ni una profecía gratuitamente pesimista; es una simple constatación de la realidad. Se registra hoy en día la consolidación de los *best sellers*, de las grandes movidas internacionales dirigidas hacia los libros que venden millones de ejemplares; entonces se produce un desplazamiento de los editores pequeños y medianos que no podemos acceder al mercado de ese tipo de libro, no podemos ir a Frankfurt a gastarnos cien millones, cincuenta, treinta millones de pesetas para pagar por adelantado los derechos de traducción de una obra determinada. No podemos competir con ese tipo de macroindustria literaria. Los circuitos se van cerrando, y a veces dentro de una misma empresa, que produce, promociona y vende el libro. Es el caso del grupo Prisa, por ejemplo, que produce libros a través de sus distintos sellos editoriales, los promociona en sus muy influyentes medios de comunicación —diario *El País*, cadena de radio *SER*, *Canal +*, periódico económico *Cinco Días*, etc— y los vende en todas las librerías, pero también en Crisol, su red propia de *libródromos*. No hace falta ser un gran economista para darse cuenta de que se trata de un ciclo productivo perfectamente integrado, frente al cual es muy difícil competir. De las editoriales independientes medianas, o mejor dicho entre medianas y grandes, sólo resiste Anagrama, de Jorge Herralde, que es para mí como el último mohicano. Siruela, que contaba nada menos que con el dinero de los Alba, ha sido tragada también, seguramente porque invirtieron mucho capital en una política editorial muy útil para nosotros los lectores, pero económicamente desdichada. Yo me pregunto qué capacidad de asimilación de una literatura seria tiene realmente este país y no encuentro respuestas alentadoras. Sin embargo, y reconozco que es un fenómeno contradictorio con el panorama que describo, no dejan de aparecer sellos interesados sobre todo en la nueva narrativa española, y veo unas apuestas por ahí que no sé cuánto podrán resistir.

Se fantasea mucho con los 52.000 títulos editados por año en España, pero para valorar este dato hay que entender el mecanismo del depósito legal, que es el que registra la cantidad de libros editados. Pues bien, ahí se tiene en cuenta todo, porque desde 16 ó 32 páginas en adelante cualquier cosa se considera libro, ya sea que se publiquen quinientos ejemplares o un millón. Todos son títulos, efectivamente, pero habría que desglosar de ese número cuántos son títulos comerciales, que superen por ejemplo los tres mil ejemplares, que sería un índice medio. Nos encontraríamos con grandes sorpresas: la relación de ejemplares impresos por número de títulos puede dejarnos fríos. Lo que si se produce es la salida masiva al mercado de ciertos títulos, de *best sellers* muy bien promocionados y requeridos por el público, cuyos precios andan ya, generalmente, por las tres mil pesetas. El librero los privilegia porque los pide la gente y porque le dejan un margen de beneficios —25 al 35 por

ciento— lógicamente superior al de los libros baratos, que prácticamente no pagan el espacio que ocupan. El del espacio es un problema grave para los libreros, que a veces devuelven las novedades de las pequeñas editoriales sin siquiera abrir los paquetes porque realmente no tienen dónde ponerlas: tal es el bombardeo de títulos. Esto nos perjudica especialmente porque nosotros no podemos pagar la promoción mínima de un libro. Un anuncio de un octavo de página en *El País*, por ejemplo, nos cuesta a veces tanto como la producción total de la obra.

Ante este estado de cosas muchos me preguntarán cómo hago yo para sobrevivir con mi pequeña editorial (considero pequeña a una editorial que factura por debajo de cuarenta millones de pesetas por año; la mía factura alrededor de veinte millones). El secreto radica en la estructura elemental de mi empresita —la componemos mi mujer y yo, no hay nadie más— y en un catálogo que combina la edición de libros auxiliares de texto y una colección de libros de texto de español para extranjeros, que se vende bien en el exterior, con las colecciones de narrativa, poesía y ensayo. Así logramos el equilibrio. La primera regla de oro que debemos aprender los editores pequeños y medianos, es decir, los que no tenemos una gran capacidad de financiación, es no confundir nuestros gustos literarios con nuestro catálogo. La confusión de ambas cosas ha llevado a la ruina a más de un apasionado de sus propias lecturas. La segunda regla de oro es no alejar el catálogo de aquello que menos desconocemos. En mi caso personal, lo que menos desconozco es la lengua, conozco un poco de eso, he sido profesor mucho tiempo, tengo una experiencia de veinte años en el libro de texto. En este terreno no puedo jugar, no puedo equivocarme, estudio mucho lo que hace la competencia y trato de mejorarlo. Entonces, dentro de la parcela editorial que puede tener una vida económica más o menos sana, yo tengo acotado este sector de la enseñanza de la lengua, que me da una cierta plataforma para permitirme otras libertades, como editar, con gusto y poca rentabilidad, la colección de poesía, la de ensayo, la de narrativa. Así voy tirando. En el reciclaje de los libros también juegan con ventaja las grandes editoriales: cuando ya tienen cubiertos los derechos, cuando los gastos fijos han sido largamente amortizados, cuando han obtenido beneficios con las primeras ediciones normales, les queda el recurso de las ediciones de bolsillo y de las colecciones de quiosco. En este caso los riesgos son mínimos, casi inexistentes. Cualquier cosa que ocurra con esos libros será siempre un margen de beneficios extra, adicional.

La competencia del soporte electrónico sobre el soporte papel será eficaz en determinadas zonas del mundo del libro, como las enciclopedias o los diccionarios multilingües, es decir, el libro de referencia. Pero tengo la certeza de que el libro, en general, no va a ser tan fácilmente reemplazable, porque realmente es más cómodo. Y esto sin entrar en dis-

quisiciones un poquito más sutiles, como considerar el goce que produce el roce de la piel del lector contra la piel del libro. El soporte electrónico permite experimentar con libros interactivos, que pueden ser divertidos, pero me parece un juego restrictivo y del que sólo participa una parte mínima del mercado. Sí, hasta se podría hacer poesía, jugar con los poemas, alterar alguna cosa y hacer alguna maldad a Borges o a Lezama Lima. En el mejor de los casos. En cambio creo que donde tiene un lugar el libro interactivo es en el libro de texto, donde el lector puede intervenir, desarrollar, verificar, contrastar, controlar, controlarse a sí mismo. Aquí sí que lo considero interesante: los que editamos libros de enseñanza de español para extranjeros, por ejemplo, tendremos que entrar en el CD ROM.

Hoy se suele hablar con bastante menosprecio del *boom* de los escritores latinoamericanos de los años 60 y 70 en España. Sin embargo, creo que el aire de revitalización que incorporó la narrativa de esos autores es un hecho difícilmente superable y que aún no se ha recogido en toda su profundidad en las historias literarias. La esencia de ese fenómeno fue para mí la capacidad que tuvieron los escritores latinoamericanos para renovar una lengua que estaba estancada desde hacía doscientos años. Desde el siglo XVII la lengua literaria española había prácticamente fenecido, en especial en la narrativa, salvo excepciones como *La regenta* en España o *Cecilia Valdés* en Cuba. Con respecto al desarrollo de las otras lenguas literarias hegemónicas, al español le faltaba algo, se había estratificado, la lengua literaria, entre comillas, se tragaba a la lengua de la calle, había secuestrado el habla cotidiana. Creo que el gran impulso que le da al español la literatura del *boom*, aparte del rico aporte de elementos fantásticos, desde Rulfo, Cortázar, Cabrera Infante, Carlos Fuentes y otros, es la recuperación del habla coloquial para el prestigio de la lengua literaria, lo que ya había sucedido en otras literaturas, especialmente la anglosajona. Galdós, por ejemplo, quiso meter el habla de la calle en su literatura, intentó que palpitara su novela con el registro coloquial, y a veces lo logró, como en *Fortunata y Jacinta*, pero nunca el elemento lingüístico llega a ser predominante, quedó subordinado a la gran trama, la historia, la fábula. Los autores latinoamericanos rompieron ese valladar, se saltaron ese dique.

Ahora se está produciendo una especie de *boom* de la nueva narrativa española, que sin duda es interesante, al margen de que se ha montado una gran operación comercial en torno de ella. Pienso que estos jóvenes escritores han desplazado, para bien, la tradición de la novela española, cuyos autores se caracterizaron, en general, por la falta de interés y conocimiento de las lenguas y literaturas extranjeras; hoy se registra la influencia de la literatura anglosajona, y no es casual, pues para mí el inglés es la lengua que marca los cambios fundamentales de la poesía y